

UN DÍA 5 DE AGOSTO DE 2016 CUALQUIERA AUTORA: Constanza Vidal

Tenemos la tarde libre

El día ya empezó revuelto, lo que nunca me hubiera imaginado es como iba a acabar siendo, casi perdiendo lo más preciado que tengo, mi propia vida. En la empresa multiaventura que en la que trabajaba esa misma mañana estaba planificada la “actividad de la cueva marina”. Consiste en ir con las embarcaciones llenas de turistas, fondear delante de los acantilados y llegar nadando hasta la entrada de la preciosa cueva de Es Coloms (en el Levante mallorquín). Ese día estaba creciendo el temporal que venía desde el Noroeste, el mar estaba muy revuelto y la actividad fue como una prueba de esfuerzo físico para todos. Fuimos el doble de staff de lo normal y con mayores medidas de seguridad, teniendo que remolcar a cada cliente y algunos otros entrando en pánico, con razón, pues el tamaño de las olas, el viento y las corrientes imponían. Habiendo trabajado otros días en malas condiciones de mar, sin duda, esa fue la peor cueva que hice en mi vida, y con diferencia!

Una vez en tierra, fuimos todo el staff y con nuestro jefe al chiringuito de siempre a comer y relajarnos de la aventura. A pesar de que le estuvimos reprochando lo sucedido, nos felicitó por la gran labor profesional. Como el temporal iba en aumento, se cancelaron todas las actividades, por lo que nos dio la tarde libre. En aquella época intentaba mantener una relación sentimental a distancia. Tras una discusión telefónica, esta persona me colgó el teléfono, y yo, que me quedé perpleja durante segundos, cogí aire profundamente, apagué mi móvil para olvidarme del asunto, me dirigí a Javi, amigo y compañero de trabajo, y le dije...

Vamos a ver el temporal al Norte de la isla!

Necesitaba adrenalina para contrarrestar toda aquella gran desilusión, así que el destino fue Cala Olla, muy cerca del pueblo de Cala Ratjada, en la esquina más al Noroeste de la isla, donde los impresionantes acantilados que rodean la costa son dignos de visitar. El mar si ya estaba bravo 50km más al sur de donde veníamos, ahí era espectacular. Desde el parking no se apreciaba del todo bien como toda la fuerza del Mediterráneo rompía contra las rocas así que decidimos acercarnos a verlo mejor. Fuimos unos 15 minutos de caminata por un sendero no muy bien definido y por lo alto de los acantilados. Durante el recorrido se escuchaba el rugir del mar rompiendo contra las olas y como éste se adentraba en la circular bahía que da nombre a la cala. Justo en el medio unas boyas fondeadas emergían y quedaban sumergidas. Javi me preguntó. “¿para qué serán esas boyas?”, yo le respondí ingenua “eso es por si alguien se cae que se pueda sujetar a ellas”, poco tiempo después me acordaría de esas mismas palabras.

Conocía bien ese sitio. Llegamos hasta el laguito de agua salada que se llena cuando las olas se cuelan por encima de las rocas, ese día el agua llegaba hasta ahí. Haciendo un poco de psicobloc evitamos caer al laguito y nos pasábamos de mano en mano a Xesc, mi perrito que también nos acompañaba. Al final del recorrido alcanzamos el borde del acantilado, dónde lo siguiente era alucinar con el vasto mar, el viento soplando, y observar las hipnóticas ondulaciones de las olas que avanzan aparentemente lentas hasta que llegan a la costa y rompen haciendo estallar el agua por los aires, mostrando así toda su fuerza.

Me descalcé, dejé el bolso en una esquinita y, como soplaban tanto el viento, me recogí el pelo para que no me molestara. Antes de empezar a comer los bocadillos que compramos de camino, decidimos admirar el espectáculo. Javi se situó unos metros por encima de dónde yo estaba. Y yo, fijándome en hasta dónde estaban las rocas mojadas, me situé en lo que pensé que era una zona segura.

¿Cómo me puede estar pasando esto a mí?

Las olas vienen seriadas, eso lo tenemos en cuenta a la hora de introducir a los clientes por el sifón para entrar en la cueva. Después de una situación de calma, aparecen las olas grandes, que le siguen las de menor intensidad y se va calmando hasta que de nuevo aparece la serie de olas grandes energizándolo todo y así sucesivamente. Entre serie y serie puede transcurrir un tiempo de unos 10 min. Ese día, sobre las 20:15, no tuve en cuenta ese importante detalle, por lo que el error lo pagué caro.

De repente noté el frescor en los tobillos, así que me di la vuelta rápidamente para trepar un poco y el último recuerdo que tengo antes de tomar consciencia de dónde estaba es el de rascar con las uñas las rocas llevas de arneirones mientras algo me succionaba hacia abajo y perdía altura, la ola me había alcanzado y me llevaba hacia su interior.

No sé cuantos segundos permanecí bajo la turbulencia succionadora, sólo noté que me estaba quedando al final de mi apnea, ese es mi primer recuerdo tras la caída. Abrí los ojos y sólo veía millones de burbujas moviéndose hacia lo que aparentaba ser una dirección. Instintivamente nadé hacia las burbujas y sobretodo la luz fue lo que me guió hasta alcanzar repentinamente la superficie y respirar. Sin ni siquiera tener tiempo para pensar nadé de espaldas alejándome de la rompiente, antes de que una nueva ola me sacudida y me estampara contra las rocas. Mientras me alejaba, cruzamos nuestras miradas, la de Javi desde de lo alto del acantilado y la mía desde el infierno azul y blanco. De repente me trasladé a su visión, de repente es como si yo fuera él y sólo pensaba, “Dios mío! Va a morir ahogada y no puedo hacer nada por ella”. Sentí su miedo, su bloqueo, tal vez lo que yo hubiera sentido si hubiese estado ahí arriba, todo ello mientras me alejaba y notaba como me sacudían las olas que trataba de esquivar. Le vi desaparecer entre las rocas, en ese momento empezaron nuestras pesadillas. No deba de repetirme una y otra vez: “Pero, ¿cómo me puede estar pasando esto a mí?”

Las boyas

Miré a mi alrededor, todo eran olas, estaba fuera de la zona de rompiente y me costaba mucho nadar porque la ropa me hacía efecto vela. Sin pesarlo traté de quitármela. En un segundo intento el pantalón, por suerte era holgado, luego la camiseta dejándome el sujetador. Hasta el agua que se colaba en las copas me entorpecía así que también decidí quitármelo y me quedé en tanga. Recuerdo sentir mucho miedo, aunque, como si no fuera yo la que pensara, mi cuerpo en modo supervivencia lo hacía por mí y no me dejaba tiempo a que el miedo se apoderase. Me sentí concentrada y analizando todo lo que estaba pasando a mi alrededor. Tu cabeza se pone firme y trata de buscar las soluciones para salir. Era imposible acercarse a las paredes del acantilado y no iba a poder aguantar mucho tiempo sin algo que me mantuviera a flote. De repente, me acordé de las boyas y de la misma frase que le dije a Javi en el camino. Mi cabeza encontró el plan, nadar con calma hasta la entrada de la bahía, identificar las boyas, nadar hacia ellas, ya tener donde sujetarme y, una vez ahí, buscar cómo subir por las paredes de la bahía rocosa, imaginándome alguna zona de remanso.

Mientras nadaba hacia la primera parte del plan me venían intensos recuerdos de esa misma mañana en la actividad de la cueva, de los ojos desorbitados de aquella chica rusa que tuve que socorrer y llevar hasta la embarcación, ahora se cambiaron las tornas y yo era la que necesitaba ayuda urgente. Por la mañana disponía de mis aletas, gafas de bucear y tubo, neopreno, aro salvavidas, cabo con boyas, embarcaciones fondeadas y compañeros preparados, esa misma tarde, estaba yo sola y semidesnuda en medio del mar agitado intentando hacer algo por salir de ahí.

Llevaba puesto mi ordenador de buceo y la correa estaba suelta, hasta me entorpecía en cada brazada, pensé en quitármelo, lo que como crees que puedes salir adelante, decidí dejarlo y seguir nadando.

Los 50 metros que tuve que recorrer se me hicieron eternos. Durante ese recorrido las olas te vienen de por todas partes. Tratas de nadar mirando las olas que te vienen de frente, más las que te vienen de los laterales y hasta las de por detrás, no puedes dejar de observarlas nadando con más o menos intensidad ya que te chocan de frente y no puedes respirar durante los instantes que estás bajo el agua. Además el pelo, se te pone por delante de la cara y no te deja ver, debes aletear con fuerza para que durante esos segundos te dé tiempo a nadar con una sola mano y con la otra despejarte la cara del pelo mojado. El pelo fue un gran inconveniente durante toda la experiencia.

A medida que me acercaba a la entrada de la bahía el patrón de movimiento se alteraba porque la costa es muy irregular. Las olas eran más cortas y energéticas, chocaban de frente creando unas crestas que cuando coinciden contigo nadadas en el aire.

Seguí nadando hasta centrarme frente al canal. Una estrechez de unos 20 metros de anchura que comunica el mar abierto, dónde yo estaba, hacia el interior de la bahía, dónde estaban mis boyas. Observé las boyas justo delante de mí, por momentos estaban emersión y en otros se sumergía de nuevo bajo las olas rotas que arrasaban en abanico por la bahía hasta romper con las rocas desplomadas al fondo.

Recuerdo esa escena como la más dantesca, era aterrador estar ahí, el ruido, el movimiento del mar, todo era impactante. Las ondas que llegaban por mi espalda se acercaban hasta los peñascos que franqueaban la entrada, rompiéndose y estampando toneladas de agua hasta alturas de 7 u 8 metros. El ruido que se generaba ahí era ensordecedor. El agua blanca discurría por las rocas oscuras escarpadas que volvían a desaparecer tras la siguiente ola. Se forma la banda blanca de agua espumosa y movediza que bordea toda la costa, donde se genera ese efecto de succión y empuje debido al vaivén. Me fijé que las bandas de espuma de cada lado no llegaban a juntarse justo por en medio de canal así que me repetí mi misma: “ve por el pasillo de azul, ve por el pasillo azul”. Tenía mis boyas localizadas, ahora tocaba echarle huevos y entrar con mucha prudencia. Parecía que todo estaba bajo control pero no.

¿Me va a doler?

La mejor manera para nadar era al estilo perrito y braza, poco a poco y con una buena patada para el empuje. A crol se me hacía imposible. Sin quitar la vista a las boyas me dirigía en esa misma trayectoria, muy despacio, demasiado despacio. A pesar de nadar con más intensidad parecía que no avanzaba mucho pero estaba entrando en el principio del canal. Insistes e insistes pero me estaba empezando a costar avanzar. Cada vez nadaba con más fuerza y no lograba moverme. Cambiaba de perrito a braza, de braza a tijera, a braza lateral, cuando me cansaba de un lado lo probaba con el otro y volvía a cambiar. Las boyas parecían alejarse de mi y yo acercarme hacia el lado opuesto de donde había venido, estaba siendo arrastrada por una zona de corrientes. No dejaba de mirar las boyas como si fueran mi único objetivo en la vida. Notaba ya no el cansancio, sino el dolor muscular, un dolor que a cada movimiento se hacía cada vez más intenso, agudo, me quemaba cada músculo. Ya no controlaba mi natación, el agua me rodeada, la espuma te atrapa y te hunde. Vuelves a emerger y tratar de respirar, mantienes la respiración, vuelves a emerger y tragas agua. Luchas y luchas por no hundirte tratando de sacar la cabeza fuera del agua. Cuando encuentras la oportunidad vomitas el agua que llevas tragando y sigues luchando por no hundirte. Ya estás desorientada y la respiración está fuera de tu control. Los jadeos son cortos pero muy intensos, no te dejan ventilar y supongo que mis ojos estarían totalmente abiertos. Me encontraba en un estado de pánico activo, dónde los movimientos descontrolados por el estrés físico y mental ya no me hacían responder coordinadamente, sólo era sobrevivir de no morir ahogada.

Todo a tu alrededor es agua espumosa, muy agitada y que no cesa. Hace que te hundas con más frecuencia y los pensamientos se centran en “no quiero morir, no quiero morir” para volver a sacar la cabeza y tomar otra bocanada de aire mezclada con agua salada. Muy angustioso.

Recuerdo un pensamiento fugaz en esos mismos instantes de, “¿me va a doler morir ahogada?”. Ese fue el momento en el que si me rendía y dejaba de luchar ahí se me acaba todo, hubiera respirado agua, hubiera entrado en parada cardiorrespiratoria y mi cuerpo se hubiera hundido inerte. De repente, otra vez ese pensamiento de: “No! No! No! No! No!...” y volví a nadar hacia arriba, saqué la cabeza, tomé aire y pensé tajantemente: “Pasa de las boyas!”. Ese momento fue un antes y un después porque mi cuerpo decidió no seguir luchando contra la corriente y dejarse llevar por ésta. No sabía que iba a pasar después, sólo quería, más que recuperar energía, necesitaba que cesase el dolor muscular tan intenso. La agitación espumosa fue cesando y poco a poco me vi de nuevo en la zona de ondas y olas, alejada unos 15 metros de las rocas.

Plan B

Ya no tenía plan, las boyas estaban demasiado lejos. Yo había malgastado muchísima energía luchando contra esa corriente en la que por poco me ahoga. ¿Y ahora qué? Estaba como en el punto de origen, pero una hora más tarde de cuando me caí. No tenía nada. En ese momento ya no tenía la cabeza ocupada en diseñar y ejecutar un plan de supervivencia por lo que volví a ser yo, recuperándome del susto y hablando conmigo misma.

Miro a mi alrededor y estoy sola, ahí en medio, sola en mitad de un temporal. Piensas cosas tan absurdas como “¿y si de repente amaina?”. Hablas como el agua, “Yo que siempre te he respetado ¿y me vas a quitar la vida?”. Empiezas a pensar conscientemente en quien eres, que es lo que tengo en la vida, qué personas quiero, que personas te quieren, que he alcanzado en la vida y que quiero alcanzar. Mientras te mantienes a flote, porque ya no nadas, ahora me mantenía en un mismo punto acordándome de mis familiares, de mis amigos, de mi pareja que no se enteraría nunca de que habría muerto. Te da tiempo hasta de imaginarte tu funeral y sientes en tu propia carne la tristeza que eso generaría en los demás. Se te despierta un sentimiento de frustración y de culpa inmenso. Sólo quieres salir de ahí viva. Deseas vivir por encima de todo porque sabes que después de la muerte ya no hay nada más.

“Tantos años estudiando para tener conocimientos, para lograr alcanzar un trabajo, para tener un sueldo y vivir rodeada de amistades, familiares y pareja. Tanto viajar y tantas caras conocidas, tanto esfuerzo por alcanzar todo lo que tengo en la vida...¿y para qué? Voy a morir aquí sola y nada de lo que he hecho me va a salvar la vida”.

Ahí volví a acordarme de mi ordenador de buceo, la tira de la correa me seguía entorpeciendo la natación pero esta vez tampoco decidí quitármela. Pensé fríamente en que si ni me lo quitaba podrían reconocer mi cadáver el día que lo encontrasen, quizás ya demasiado descompuesto como para identificarlo.

No sé qué hora debía de ser, pero estaba ya en crepúsculo y se veían muy bien las estrellas y la luz del faro que se asomaba por encima de las montañas, ese momento en que sabes que en no más de 15 minutos es noche cerrada y todo es negro.

Si esperaba hasta ese momento ya sí que no tendría ninguna oportunidad de salir así que analicé y miré la pared que tenía más cerca. No visualizaba demasiado bien la costa porque era muy oscuro, pero intuía dónde habría menor fuerza de olas por la espuma que se levantaba. Sin saber ni cómo era la conformación de las rocas empecé a idealizar un último plan. Pretendía acercarme hasta la pared, intentar analizar el ciclo de olas y aprovechar la fuerza de la más pequeña, nadar con mis últimas fuerzas y que ésta me empujara hacia las rocas y pudiera trepar por ellas. Aunque me rompiera alguna costilla o rajase la piel, podría quedarme a una altura de seguridad y que al día siguiente me encontrarán. Esta vez, el mantra que me repetía era: “voy, me subo y me encaramo”. Era una idea absurda, eso supondría, si es que el retroceso me hubiera permitido acercarme lo suficiente, haber acabado triturada golpeándome aleatoriamente contra las rocas al antojo de las olas e inevitablemente morir ahogada por no poder salir por el efecto succión. Sin embargo, en la situación de vida o muerte en la que me encontraba, la solución más arriesgada se convierte en la única solución posible.

Fijándome atentamente en dónde pretendía aterrizar y empezando a nadar muy poco a poco hacia esa dirección apareció lo inimaginable.

Luces en el acantilado

Estaba viendo dos luces de linterna a la altura del parking, no me lo podía creer. Automáticamente me olvidé de mi plan camicace y centré toda mi atención en aquellas luces. “¿Venían a buscarme a mí?, ¿cómo podía llamar su atención?, ¿aún puedo salir con vida de este accidente?”. Intenté gritarles pero no conseguía emitir ningún sonido. Mi garganta estaba tan irritada de haber tragado y vomitado agua que no era capaz. Sin embargo, sé silbar con los dedos de una mano, y sé silbar muy bien. El primer intento no salió, con los dedos empapados no pude. En ese mismo momento me vino a la mente una de las técnicas que aprendí en un curso de rescate en accidentes de buceo que consiste en agitar la mano para quitar el exceso de agua con la que realizas la maniobra frente-mentón, pinzas la nariz para luego insuflar aire a la víctima. Eso mismo es lo que hice al momento, agité e intenté un segundo silbido y algo de ruido salió. Tras varios intentos incesantes y depurar la técnica al final logré hacer ráfagas de hasta tres silbidos seguidos. En el momento que el mar te lo permitía, aleteaba para intentar elevarme un poco fuera del agua mientras cogía aire y al bajar emitía la ráfaga extinguiéndose el último silbido bajo el agua. Así una y otra vez sin detenerme y observando e intentando analizar que estaba pasando ahí a lo lejos. Ya no eran dos linternas, ahora eran cuatro linternas avanzando por el camino que seguí con Javi. Desde mi perspectiva entendía que me estaban buscando a mí. Primero alumbraron la cara interna de la bahía desde lo alto del acantilado, suponiendo que estarían buscando mi cadáver. Las linternas iban avanzando como cual procesión de hormiguitas en lo negro, denotaban más nerviosismo, como si estuvieran buscando algo. Sabía que habían oído mis silbidos, yo no cesaba. Estaban ya por los alrededores del lago y buscando en el punto exacto de mi caída, justo en el lado opuesto a dónde me encontraba. Javi les estaba conduciendo hasta ahí.

Yo pensaba: “¿qué locos están yendo de noche, por un camino poco seguro y en busca de alguien no van a encontrar?”. Por mi culpa terceras personas están arriesgando su vida, por alguien a quien ni conocen. Estaba demasiado lejos de ellos y pensaba que no me iban a encontrar nunca, de noche, en medio de las olas. Podría estar en cualquier sitio.

Aguanta, Pitu!

Una luz se separó de grupo y subió hasta lo más alto del peñasco que franquea la entrada al canal. Esa luz, como si de un faro se tratara, empezó hacer barridos hacia el mar, en la misma dirección en la que yo me estaba manteniéndome a flote. Saque fuerzas de no sé dónde y altee para poder utilizar mis dos brazos y agitarlos formando un semicírculo, también llamada la posición del pajarito. Me vino a la mente el día en que me lo enseñaron en otro curso que hice de Socorrismo Profesional, cuándo le debatí a mi profesor respecto a que si alguien se está ahogando utilizaría sus brazos para nadar. Él me corrigió diciéndome que los utiliza para ser visto. En ese mismo instante reconocí lo que me quería hacer entender. Las olas eran tan grandes que al estar en la cresta ves todo un horizonte y estás visible, sin embargo, al estar en el valle de la ola no ves más que un muro negro de agua y desapareces ahí dentro. Compaginaba silbidos con levantar uno o los dos brazos, estaba muy cerca de la salida.

Fueron varios barridos hasta que en uno de ellos la luz se me quedó fija durante unos segundos y volví a desaparecer de su visión. La segunda vez que me apuntó levanté los dos brazos desesperadamente. No me lo podía creer, me habían encontrado. Ya no sólo una luz era la que me estaba apuntando, ahora eran dos que se fueron sumando las otras.

Un corredor de luz hacía brillar la superficie del agua, volvía a ver las olas que me rodeaban. Ya no requería verlas para poder mantener la cabeza a flote porque llega un momento en que el cuerpo automatiza y te mueves en el agua según cómo sientes el medio que te rodea. Si la ola te sube, subes con ella, si la ola te hunde, te hundes con ella y fluyes. Estas en un fase de auténtico ahorro energético, ya no vas contracorriente.

Entre el viento que silbaba y el ruido de las olas aprecié que me estaban gritando desde ahí. Me estaban animando desesperadamente a que aguantara. Primero escuché: "Mantente a flote!". Eso me animó a contestarles y conseguí responderles: "¿Cuánto tiempo?".

Me encontraba muy cansada y, a pesar de que estaba localizada, ¿cómo iban a sacarme de ahí?. Sentí que mi cuerpo empezaba a flojear pero tenía que aguantar eso y lo que fuera. Ahora no podía rendirme, tenía que seguir luchando el tiempo que hiciera falta, al menos, para mantenerme a flote. Esta vez el mantra que me repetía era: "be wáter, be wáter".

"Barco! Barco!" le grite desgarrándome la voz. Deseaba una embarcación que viniera a rescatarme, pero hasta yo sabía que eso iba a ser imposible. Además de que el tráfico marítimo ese día se había cancelado, un barco que pudiera llegar hasta ahí lo tendría muy difícil para rescatarme, tan cerca de la costa, de noche y sin golpearme con el casco en el intento.

"Vamos! Aguanta, Pitu!". El escuchar mi apodo familiar desde lo oscuro donde provenían esas luces me despertó, me estaban llamando a mí, por un momento vuelves a tomar consciencia de ti mismo y te ves envuelta en esa desagradable situación. Tenía que sobrevivir, yo no podía morir así y de esa manera tan estúpida. "Voy a aguantar lo que me echen y más".

Cómo un ángel

Entre gritos de ánimo y yo que les respondía con silbidos, con la intención de insistir en que estaba viva y suplicándoles que hicieran algo para que me sacaran ya de ahí, identifiqué la palabra: "Helicóptero!"

Igual que cuando vi la primera linterna y enfoqué toda mi atención hacia ella olvidándome de mi plan B, pasó lo mismo pero esta vez enfocando toda mi atención al cielo estrellado.

La noche estaba despejada, sin contaminación lumínica en los alrededores, se apreciaba hasta el brazo de Orión, aún así, yo sólo me concentraba en encontrar luces rojas parpadeantes en alguna parte de la bóveda negra.

El tiempo no pasaba y se me hizo muy dura la espera. Recuerdo que una larga estela de una estrella fugaz se quedó incandescente, sin embargo, al contrario de si se tratase de una situación normal, no me llamó la atención en absoluto y continué buscando en el firmamento algo que se pareciera a un helicóptero.

A lo lejos, sí! Eran luces parpadeantes, a varios kilómetros y volando sobre el mar, dio la vuelta y se marchó por dónde vino. Tras otro rato de larga espera, siendo iluminada y apoyada por el equipo de tierra empecé a escuchar el ruido fuerte metálico como de un rotor y justo después apareció mi helicóptero sobrevolando el monte boscoso colindante a la zona de acantilados. Ahí estaba la ayuda! Ellos me venían a sacar a mí!

De repente se hizo de día. La luz que lleva ilumina todo a su paso, podía reconocer perfectamente toda la costa rocosa y escarpada. Por momentos, mientras observaba todos los movimientos que hacían, volvía a tomar consciencia de mi situación al poder ver lo cerca que me encontraba en la zona de rompiente, como reventaban las olas y salpicaban las rocas. "¿Pero que estoy haciendo yo aquí?".

No entendía que estaba pasando ahí arriba. El helicóptero, después de haber estado haciendo un barrido por la costa con sus focos ya se encontraba delante mío, a una gran altura. Yo estaba iluminada y detectada por los de tierra, pero, por algún motivo no ocurría nada, parecía que no me encontraban. Estaba tan desesperada por salir de ahí que el tiempo no me pasaba.

Éste se desplazó y se posicionó entre el acantilado y yo, con la cabina en dirección al viento que venía del mar y la cola hacia las rocas. Yo lo observaba fijamente, resoplando y manteniéndome a flote sin parar. Arriba a lo lejos vi una luz pequeña de color verde brillante, cada vez se iba acercando más hacia mí, hasta que vi la figura de una persona colgada que se estaba acercando y cogiendo verticalidad conmigo. Ya tenía a mi rescatador sobre mí, a tan solo dos metros o menos cuando, de repente, se calló sobre mí y me hundió (al parecer un ráfaga de viento hizo desestabilizar al helicóptero). Logré agarrarme de sus piernas y escalé por él hasta la superficie. Cuando saqué la cabeza del agua recuerdo ver a alguien equipado con un traje rojo y un casco que me hacía señas manuales de que me alejara de él. Reconocí al momento lo que me estaba queriendo decir, que no lo agarrase, puesto cuando alguien está en pánico y tiende a ahogarse, se agarra a lo que tiene delante y no actúa racionalmente. No era mi caso, estaba aparentemente calmada y le obedecí.

Muy rápidamente vi cómo sacó la esliga flexible y la desplegó. Antes de que me cogiera del brazo para introducirme, yo ya me estaba colando pasando mi cabeza y brazos por el aro. Ya dentro, instintivamente quise cogerme del cable aunque me hiciera daño. Él rescatador dio señas de arriba a abajo con el químico luminoso para que nos subieran. En ese momento pasé mucho miedo. Dos personas, casi sin poder nadar, unidas con un cable que va a un helicóptero que a su vez podría tener un accidente en ese mismo momento por las malas condiciones y la situación de alto riesgo. Todavía no me encontraba fuera de peligro y me imaginé el peor de los casos.

El cable se tensó y ya noté como empezábamos a salir del agua, miré hacia abajo y vi mi cuerpo desnudo colgando e iluminado, aún tenía los pies en el agua. Justo en el mismo instante en que los últimos dedos quedaron al aire mi cuerpo dijo "basta" y de repente, de estar moviéndome activamente unos segundos antes, en ese momento mis músculos se relajaron profundamente y me desplomé sin poder moverme.

Ya estábamos arriba y el asistente de grúa nos introdujo en la cámara. Me quitaron la esliga y yo me caí al suelo del helicóptero. Me puse a cuatro patas y empecé a toser y vomitar agua. Luego me di la vuelta y el rescatador me ayudó a estirarme.

Todo mi cuerpo estaba lleno de sangre por los cortes que sufrí durante la caída. Tenía la rodilla izquierda rajada y diversos cortes en brazos y dedos. De repente me vino todo de golpe. Me dolía intensamente el lado izquierdo, sobre todo las cotillas y ya empezaba a notarse el principio de los grandes hematomas en glúteos y piernas.

Comencé a temblar descontroladamente, el frío se apoderaba de mí.

Mientras sobrevolábamos la isla de camino al hospital rompí a llorar desconsoladamente. Lloré como jamás he llorado en mi vida, estaba en shock. Esta vez me repetía: "De la que me he librado".

El rescatador me tapó con una chaqueta y me abrazó. El tiempo que mis llantos me lo permitían, estuvimos hablando, destaco algo que me dijo y me quedó gravado: "Eres una campeona".

Hora de caída: 20:15

Hora de rescate: 23:05

Tiempo de rescate: 40 segundos

Condiciones marítimas. Fuerza 5-6, 24 nudos de viento.